



LA TENTACION DEL ORO

I

Fortunato vivía relativamente feliz en su pueblo natal, en compañía de su esposa, sencilla y buena, y de Juan Bautista, el único hijo de aquel matrimonio. Era honrado y laborioso, pero tardó en resolverse á emprender los negocios, y los amigos del joven labriego decían que sin su habitual morosidad habría prosperado mucho.

Fortunato salió de su residencia llamado por su hermano Jacinto, que hacía muchos años hallábase radicado en la ciudad de Zacatecas, y el cual estaba á las puertas del sepulcro.

Los dos hermanos queríanse de verdad, y Fortunato se afligió mucho por la grave enfermedad de su hermano, que

moriría según la unánime opinión de los médicos que le asistían.

Comprendió Jacinto que la ciencia luchaba en vano por mantener viva la luz de una vida que se apagaba y dispúsose á morir cristianamente. Llamó á su hermano para encomendar á su honradez y cariño sus postreras disposiciones.

—Cuanto poseía, le dijo, lo realicé oportunamente con la resolución de radicarme en otro lugar, pues mis negocios decaían paulatinamente y tuve miedo de arruinarme. La muerte, que se aproxima, corta de un solo golpe todos mis proyectos. Eres mi único pariente; aquí tienes veinte mil pesos que es todo mi capital. Quiero que disfrutes de diez mil y los otros diez mil los entregarás á mi nombre al Reverendo Padre Abasolo, que está hoy en México, pero no debe tardar mucho en volver. Antes de que partiera para la capital confíe á su piedad y apostólico celo varias mandas piadosas.

Fortunato, con las lágrimas en los ojos, oía á su hermano, sin siquiera fijarse en las manos del moribundo, henchidas de billetes de banco.

Aquella escena no se prolongó mucho. Fortunato recibió el dinero y dijo á su hermano:

—Tus deseos serán cumplidos. Si Dios

—Puede usted traérmelos cuando guste.

Se habló en seguida de varios asuntos, y particularmente de la edificante muerte de Jacinto, y aun se exageraron sus virtudes que en honor de la verdad, no eran pocas.

Despidióse Fortunato del fraile diciéndole con retintín:

—Hasta mañana.

Fortunato llegó á su casa algo preocupado, sin saber por qué; fué á la caja y contó los billetes que entregar debía. Estaban completos los diez mil pesos. Luego echó una mirada al efectivo que él poseía y que estaba separado en la misma caja. Eran unos cuantos billetes de escaso valor; lo demás lo había invertido en compra de ganado, pues giraba en el ramo de carnicería. Y Fortunato inconscientemente suspiró.

Mañana, se dijo, y cerró la caja.

Todo ese día estuvo tan pensativo, que su esposa lo notó con extrañeza.

—¿Qué tienes, Fortunato? preguntó-le. Te veo triste y meditabundo.

—No, hija, no tengo nada. Quizás los negocios....

Al día siguiente volvió á contar los billetes del legado piadoso y púsolos cuidadosamente en el mismo lugar. Sabía

que no eran suyos, pero sentía íntimo placer en contemplarlos en su caja.

De día en día fué demorando la entrega, y el Padre Abasolo tuvo que salir de nuevo para la capital de la República.

Entretanto agotóse el efectivo que tenía Fortunato y provisionalmente se prestó mil pesos del legado. El giro mercantil que había empezado con tan próspera fortuna decaía rápidamente, y tuvo que prestarse uno tras otro varios miles hasta reducirse el legado á tres mil pesos.

Clavóse entonces en la fantasía de Fortunato un persistente pensamiento. ¿Estaría obligado en conciencia á entregar aquel legado? ¿No tenía él, como hermano del muerto, mejor derecho que cualquiera otro para disponer de aquella cantidad?

La conciencia, que no entiende de subterfugios, le gritaba: ese dinero no es tuyo. Pero Fortunato cerraba voluntariamente los oídos á tales voces para evadir el cumplimiento de su obligación.

Discurrió cierto día, en que estaba casi decidido á echarse sobre el legado, consultar el caso, no con un sacerdote, que por amor á sus ideas y por propia conveniencia lo resolvería según su piadoso criterio, sino con un hombre despreocu-

pado, de esos que no creen ni en Dios ni en el diablo, y don Severo Villafranca parecía que ni mandado hacer para tal caso.

Era don Severo hombre naturalmente honrado, pero no había recibido ninguna educación religiosa. Nacido y desarrollado en la nefasta época de la guerra civil, afilióse en el partido liberal, al que había servido fielmente toda su vida. La edad, los desengaños, la reflexión, no cambiaron sus convicciones, pero modificaron su carácter, y más de una vez se lamentaba en público de las pasiones políticas que habían cegado en flor tantas preciosas vidas de patriotas de uno y otro bando.

A Villafranca acercóse Fortunato con la profunda convicción de que resolvería á su favor la consulta que iba á hacerle. Dirigióse á la casa del jacobino de abolengo, de quien fué cortésmente recibido. Expúsole sin repulgos el motivo de la visita; pintóle con vivos colores el mal estado de sus negocios y la existencia de aquel legado, hecho con burla de la ley, motivo por el cual creía que, como buen ciudadano, no estaba obligado á cumplir con la voluntad de Jacinto.

—No obstante, agregó, ocurro al dictamen de usted para tranquilidad de mi

conciencia, resuelto á obrar según la decisión de usted.

Miróle don Severo de hito en hito, y después de un silencio de algunos instantes, preguntóle:

—¿Hará usted lo que yo le diga?

—Sin duda alguna, repuso Fortunato.

—Entregue usted sin demora lo que no le pertenece.

—Pero, señor, es un legado piadoso.

—No es de usted y nadie debe quedarse con lo que no le pertenece. ¿Ha pensado usted por ventura que soy encubridor de ladrones?

Fortunato no habló más y muy turbado despidióse de don Severo Villafranca.

III

En aquellos días tuvo Fortunato imperiosa necesidad de dinero, mas prefirió contraer un compromiso á gastar la parte del legado que conservaba en su poder. Pasó largo rato frente á la caja abierta contemplando los billetes y hasta tuvo el pensamiento de mandar luego al Padre Abasolo, los tres mil pesos que le quedaban, y remitirle mensualmente cuanto pudiera hasta completar el valor del legado. El Padre era muy bueno y accedería á todo. La lección que de don Severo había

recibido hizole reflexionar. Cerró de golpe la caja y no dispuso de un solo billete.

Al siguiente día iba á desayunarse, cuando se fijó en varias cartas que el de-



pendiente puso sobre la mesa y que habían llegado por el correo. Una de ellas era del Padre Abasolo á juzgar por la letra de la cubierta. Tomóla temblando y vacilaba en abrirla. Decidióse al fin y leyó con el corazón palpitante:

“Hijo mío:

He esperado inútilmente hasta hoy el legado de su hermano Jacinto. Urgan las

obras que me recomendó; sírvase autorizarme para girar en su contra por diez mil pesos.

Su afectísimo amigo servidor y capellán.”

Fortunato leía y releía aquella carta. Después de mucho rato de honda meditación escribió lo siguiente:

“Muy amado Padre:

Apremiantes necesidades obligáronme á gastar siete mil pesos de los diez mil que tenía á disposición de usted, pues mis negocios han decaído lastimosamente. Mando á su Paternidad un giro por tres mil pesos; próximamente verá cuánto más puedo remitirle, y en lo sucesivo le enviaré mensualmente abonos hasta el saldo completo del legado.

Pídale á Dios que me ayude y pronto cubriré el sagrado compromiso que he contraído.”

Cerró la carta y sacó luego los billetes para contarlos. Tres mil pesos completos. Eran los únicos que había. Fortunato echó una triste mirada á la caja vacía. Después de tanto tiempo de no haber fallado en ella dinero, sentía profunda tris-

teza al verla exhausta. Suspiró y casi inconscientemente volvió á colocar los billetes en su lugar.

Hundióse después en honda meditación: ora volvía con amor los ojos á la abierta caja, ora á la cerrada carta, ora sentado frente á la mesa, con los codos en ella apoyados, inclinaba la cabeza que sostenía entre las abiertas manos.

Era la tremenda hora de la tentación; ¡Pobre corazón humano, cuando le hace frente está perdido!

Y Fortunato fué vencido. De improviso levántase, cierra la caja y rompe la carta que acababa de escribir.

El robo estaba consumado en el corazón de Fortunato.

IV

Algunos años después un amigo del Padre Abasolo le escribía lo siguiente:

“Ayer murió Fortunato oprimido de deudas y en la más completa miseria. Con la prematura y repentina muerte de su único hijo Juan Bautista, agraváronse en el finado antiguas dolencias, y su muerte fué como de rayo. Dios le haya perdonado.

La esposa de nuestro amigo está loca de dolor.”

El Padre Abasolo inclinó dolorosamente la cabeza, cayó de rodillas y dijo conmovido:

¡Oh Dios de las misericordias, perdónale por tu sangre preciosísima!

ME TIENE SIN CORDADO